

Dos artículos sobre Rubén Darío*

Alexandre Plana

«Rubén Darío, *Canto a la Argentina y otros poemas*»

La aparición de un libro de Rubén Darío despierta en la literatura castellana un eco profundo. Evoca un largo espacio de años desde el 1889, en que se publicó *Azul*, hasta este estupendo *Canto a la Argentina*, con el cual el sistema poético de Rubén Darío nos descubre una faceta nueva, la del poeta civil. En esos veinticinco años ha sufrido la poesía castellana el más radical de sus cambios. En 1885 el poeta representativo era Núñez de Arce. Su gran amigo Campoamor, decía de sus estrofas: «Eso no es poesía; son palabras sonoras». Desde 1896, cuando se publicaron las *Prosas Profanas*, es Rubén Darío el príncipe de nuestros líricos. En un cenáculo parisién se le acordó este título, no hace mucho. En sonoridad ha vencido a Núñez de Arce, con una diferencia de calidad equivalente a la advertida entre una página de Puccini y otra de Debussy. Núñez de Arce es el mayor efecto sonoro que puede obtenerse con un piano acompañado de un contrabajo y un clarinete. Rubén Darío es la orquesta total. Ha descubierto en la lengua castellana efectos no sospechados: nuevas acordancias y originales líneas melódicas; llevándola a su máxima tensión, ha obtenido de ella una capacidad lírica que no se había alcanzado hasta ahora. La limitación de la fonética castellana, reducida a cinco vocales, frente a la riqueza del italiano, del francés, del inglés o del catalán, se oponía a todo innovador, como un obstáculo invencible; para conseguir las mágicas sonoridades verbales de un Verlaine, de un D'Annunzio. Rubén Darío ha dado con una clave nueva de la cual se deriva una infinita variedad, como un músico que, valiéndose sólo de cinco notas compusiera vastos poemas sinfónicos. La consonante ha tomado un valor nuevo en el verso rubendariano. Y por otro lado ha descubierto el poeta entre substantivos y adjetivos raros maridajes. Ha conseguido añadir al efecto metálico natural en el verso castellano, un efecto que no sabemos definir si no es por la imagen del instrumento de cuerda. Hay violines y harpas en cuanto Rubén Darío compone. Los sones secos, aisla-

* Ver nota de Adolfo Sotelo Vázquez en el número anterior.

dos, de un vivo resonar, se funden con otros de una blanda agilidad y de largos ecos que lentamente se amortiguan.

En *Prosas profanas* y en *El canto errante*, tiene el idioma un nuevo nacimiento, que se había presentado en Zorrilla, conservando la fuerza de su antigua forma y conquistando una graciosa flexibilidad que no se conocía, gana, además, una ignorada aptitud, para el que podríamos llamar el «ritmo del estremecimiento», de la lírica moderna. Versos como son:

«Que a las dulces gracias la áurea rima loe...»

o

«Tiene las formas puras del ánfora y la risa
del agua que a la brisa riza y el sol irisa...»

o esos otros con que empieza el canto a la Argentina:

«¡Argentina! ¡Argentina!
¡Argentina! El sonoro
viento arrebató la gran voz de oro.
Ase la fuerte diestra la bocina
y el pulmón fuerte, bajo los cristales
del azul, que han vibrado
lanza el grito: *Oíd, mortales,
oíd el grito sagrado...*»

versos como esos revelan una intuición del valor musical de las palabras y un poder de composición suficiente para infundir en el verso aquel divino impulso que lo eleva y lo hace inmaterial.

* * *

No sabríamos hablar de la poesía de Rubén Darío sin aclarar las ideas que nos despierta con los elementos de dominio musical. Un hombre de sutil y profundo ingenio ha dicho que en este poeta hay encerrada una maravillosa caja de música. Realmente así es. Y continuando en el mismo orden de imágenes, diremos que a diferencia de otras, —monocordes y limitadas, de una continuidad melódica vaga y monótona—, en la poesía de Rubén Darío se descubren las modulaciones más distintas, el salto de una cuerda a otra, ágiles ritmos y vivos contrastes de armonía en la palabra y en su sentido,

en la frase y en su pensamiento. Su musa, como un pájaro inquieto, no se detiene en esa o en aquella rama, más lejana o más próxima a la rima, sino que recorre en vuelo rápido todo el espacio de la selva lírica. En este libro último se juntan al «Canto a la Argentina», poemas tan diversos como «Los motivos del lobo», en que se canta el poder del dulce Francisco de Asís sobre el «rudo y torvo animal», y «La gesta del coso», donde el toro bravo y el buey de servicio, en el apartado de un coso taurino, dicen su destino opuesto.

Rubén Darío es un punto de encuentro, la confluencia de corrientes distintas; es, también, un resumen, una síntesis. Influencias muy diversas han obrado sobre él; pero la preferencia que en su obra se señala no es la de una corriente determinada. Cuando se publicó *Azul*, don Juan Varela adivinó sagazmente que su joven autor estaba saturado de Hugo y de Baudelaire, de Flaubert y de Barbey d'Aurevilly, y otros muchos, sin que por eso resultase ser romántico, ni parnasiano, ni simbólico, ni naturalista. «Usted lo ha revuelto todo —decía el gran novelista al poeta— y lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro y ha sacado de ello una rara quinta esencia». Lo que decía Valera de aquel libro, uno de los primeros de Rubén, podría decirse de su libro último, donde también podrían indicarse las huellas de distintas corrientes líricas, pero fundidas de tal modo en la personalidad del poeta, que será imposible señalar lo que es todavía resultado de una influencia y lo que es ya fruto de la personalidad. Juan Alcover, el gran lírico mallorquín, lo ha expresado bellamente en «L'hoste»:

«pol.len de la flora tropical difón;
i vessa d'estrofes com àmfores gregues
escuma de totes les corrents del món».

Es espuma de todas las corrientes del mundo lo que da vida al verso de Rubén Darío. No es el poeta de América en el sentido estricto con que puede llamarse así a Walt Whitman, pues nadie como él está más cerca de Europa, ni más identificado con el espíritu latino.

* * *

En este libro de Rubén Darío, como en todos los suyos, cuando se ha admirado su arte verbal, el de mayor riqueza y complejidad que hubo hasta ahora en la poesía castellana; cuando logramos sustraernos a la sugestión de su forma, y sentimos como una sugestión más íntima y más sutil nos posee. El arte de Rubén Darío no es el arte razonado y estricto de los que

se llamaron parnasianos, en un tiempo. Su cualidad esencial pertenece a un dominio más profundo. El origen de la belleza que nos ofrecen estos versos tan llenos y alados a la vez, está en aquella condición divina de los puros poetas de conseguir en su sensibilidad lo que en el orden ordinario y común es imposible. Como si el don de la ubicuidad les hubiese sido otorgado, funden muchos paisajes en uno solo; concentran los simultáneos efectos que una misma causa puede producir a través de sensibilidades distintas; son alma de hombre, de mujer y de niño a un tiempo; juntan el impulso de la acción y las pasivas inquietudes sentimentales. En Rubén Darío, esa ubicuidad, esa compleja capacidad de asimilación que se traducen en la infinita variedad de sus temas líricos, por tener el espíritu de su inspiración abierto a todos los espectáculos y a todas las resonancias, tiene, no obstante, un riguroso límite, un espacio del cual no trasciende. Todo puede ser cantado por ese poeta, pero sin subir ni descender del tono en que se desarrolla libremente su potencia lírica. Su tono es de un contemplativo que limita su visión a lo que le parece bello, que rehuye los aspectos negativos de las cosas cuando no puede transformarlos en su crisol de creador de imágenes. En sus «Boleras», dirá lo que hay de gracioso y de grotesco en la danza de los payeses mallorquines, pero reduce lo grotesco a una forma nueva de armonía:

«Se regocija la sala
cuando hecha rosa y jazmín,
sale una alegre zagala
con un payés chiquitín».

O exhortará a la nación con una prodigiosa exactitud, que no haga con máquinas de guerra obra de muerte:

«Que tus máquinas de hierro
y que las bruñidas bocas
cruentas no alegren al perro
negro avernal...».

Rubén Darío tiene el don de reducir todas las cosas a imágenes de belleza. Es un maravilloso transformador. Así parece que a veces deviene intrincado, abstruso, conceptuoso, siendo así que todas sus palabras son de una resplandeciente claridad. Si puede parecer raro, debido será a que no abunda la belleza tanto que todos los ojos la alcanzan fácilmente. El arte de Rubén Darío es un producto de selección, una rara quinta-esencia, como hemos recordado que decía Valera.